

## La teoría del conocimiento de Leonardo Polo. Entre la tradición metafísica y la filosofía contemporánea

Las dos corrientes fundamentales de la filosofía contemporánea comparten el interés por el conocimiento y su esencia. La fenomenología fundada por Edmund Husserl –*Investigaciones lógicas* (1900)– y la Hermenéutica filosófica inaugurada por Hans-Georg Gadamer –*Verdad y método* (1960)– buscan acceder, cada una a su modo, a la índole originaria del conocimiento. Las nociones de intencionalidad, fenómeno, comprensión, *noesis*, esencia o *eidos* son prueba de ello. Tanto la una como la otra enraízan en las propuestas de dos grandes pensadores como fueron Franz Brentano y Martin Heidegger –*Ser y tiempo* (1927)–. Cabe hablar, por tanto, de ambas como escuelas o corrientes de pensamiento en el mejor sentido de la expresión. Hoy en día se han convertido en tradiciones desde las cuales se puede pensar a fondo la realidad en todas sus formas.

Por otro lado, nadie duda ya de la importancia del *giro lingüístico* para la comprensión del estado de cosas en la filosofía actual. Esto ha afectado no sólo a los tópicos que se abordan, sino también al modo o método desde el cual abordarlos. Los trabajos de filósofos como Gottlob Frege –*Conceptografía* (1879)– o Ludwig Wittgenstein –*Tractatus Logico-philosophicus* (1921)– han contribuido sin duda a una revalorización del lenguaje como mediación privilegiada para nuestro conocimiento de la realidad y del conocimiento en cuanto tal. La moderna filosofía analítica debe mucho de su empuje a las obras de estos pensadores. Del mismo modo, la lógica formal contemporánea se inspira en ideas de estos filósofos-matemáticos. Incluso las antes citadas corrientes filosóficas privilegian, de un modo u otro, al lenguaje como fuente de inteligibilidad y nexo entre el pensamiento y el ser.

Cabe también hablar del personalismo y la ética-metafísica de pensadores como Gabriel Marcel, Martin Buber, Max Scheler, Romano Guardini o Emmanuel Levinas. Son patentes sus valiosas aportaciones para la aprehensión de lo propio del ser humano, ya sea a partir de una antropología filosófica (Max Scheler), o bien de una ética fundamental (Levinas). También en estos casos juega un papel importante la noción de conocer o conocimiento. Ya sea porque, como ya hicieron Platón y Aristóteles, se sitúa en la racionalidad lo más humano, o bien porque se contrapone la noción de razón propia de la modernidad, a una forma más humana de conocimiento, como sería, por ejemplo la razón práctica o algo anterior a la misma razón.

La *Teoría del conocimiento I-IV* (1984-1996) de Leonardo Polo es una síntesis de lo principal de esas corrientes y sus aportaciones, con el fin de ofrecer una visión sinóptica de las dimensiones del conocimiento humano. En cuatro tomos, se analizan múltiples nociones de gran calado en la historia de la filosofía –como: conciencia, intencionalidad, intelecto, concepto, juicio– y se pone orden entre las múltiples y más representativas teorías acerca del conocimiento humano: Descartes, Leibniz, Kant o Hegel, entre otros. No obstante, hay un hilo conductor que es el pensamiento propio que ofrece el autor. A partir de las nociones de *acto* y *límite* el autor procede a un análisis profundo y fructífero de la esencia del

conocimiento, en donde hay lugar para la pluralidad de operaciones y la diferencia de niveles. Cabe destacar también, entre otras nociones que Polo recupera y aporta, la noción de *hábito intelectual* como tipo de acto cognoscitivo esencialmente distinto a la *operación intelectual*.

La intención fundamental de Polo al escribir esta obra se refleja en las siguientes palabras: "hoy en día no se puede ser realista en metafísica sin serlo también en gnoseología" (1984). A juicio del filósofo español, la crisis de la metafísica se agudiza sin una adecuada explicación de la naturaleza del conocimiento humano, con el cual es al fin y al cabo con el que se "hace" metafísica.

Ya Kant había elaborado una *Crítica de la razón pura* (1785) con el fin de establecer los límites de la razón. Mediante la delimitación de su campo de actuación se querían evitar los sueños de la razón, que puede convertirse en auténticas ilusiones vacías. Su crítica afectó sobre todo a la noción de razón teórica, tan usada por los racionalistas metafísicos de su época. A comienzos del siglo XX Joseph Maréchal intentó una síntesis entre la filosofía de corte tomista y la teoría kantiana del conocimiento –*El punto de partida de la metafísica*, 5. vol (1922-1947)–; en Italia Cornelio Fabro escribió *Percepción y pensamiento* en 1941, y en nuestro país Francisco Canals escribió un volumen *Sobre la esencia del conocimiento* (1987) también de raigambre tomista. En ambos casos se detecta el mismo problema que diagnostica Polo: la metafísica es también un asunto epistemológico, en el sentido de que para hacer metafísica ya no basta con darla por supuesta, sino en preguntarse por las condiciones gnoseológicas que son necesarias para su posibilidad. La epistemología de Leonardo Polo se enmarca también en ese intento de la *metaphysica perennis* por reencontrar su lugar en la filosofía contemporánea, y para ello acude al estudio del conocimiento y sus dimensiones que tanta relevancia tuvo en la génesis y desarrollo de la filosofía moderna.

En definitiva, la gnoseología que Polo desarrolla no está cerrada a una única tradición o corriente, y aunque es cierto que se nutre sobre todo de nociones aristotélicas y algunas de origen tomista, también lo es que acude a las investigaciones de, entre otros, Brentano, Husserl, Heidegger. Además, procura dialogar con los grandes teóricos del conocimiento que fueron Leibniz, Kant y Hegel. Aunque su lectura e interpretación de estos autores no sea erudita ni, en algunos casos, canónica, no deja de ser sugerente y luminosa. Su lema de lectura es siempre el mismo: *averiguar qué es lo mejor de cada uno y desde allí continuar sus ideas e intuiciones*. Sólo dentro de la larga historia de la filosofía se capta el profundo sentido de expresiones como: *El conocimiento es acto. La distinción entre objetos y operaciones es jerárquica. Las operaciones, los niveles cognoscitivos, son insustituibles, pero también unificables. La inteligencia es operativamente infinita. No hay objeto sin operación. El objeto es intencional (no el acto)*. En la medida en que ningún sistema filosófico puede adscribirse la verdad absoluta, la teoría del conocimiento de Leonardo Polo, ofrece otra *novedosa, extensa y profunda investigación* sobre la naturaleza del conocimiento humano y los fenómenos de comprensión e intelección. Ésta tiene la ventaja –o inconveniente según se mire– de haber aparecido en medio de una crisis de la metafísica comparable a la propiciada por el nominalismo tardo-medieval. Dicha crisis exige, para su recuperación, una nueva apuesta por la inteligencia humana y su validez para conocer la verdad.